

Una medicina contra el desanimo

Fue esperando la admisión al Seminario Teológico Adventista cuando el pastor de mi iglesia local me asignó la tarea de atender como anciano y misionero una comunidad en la que había dos congregaciones. Esta fue mi primera experiencia en el ministerio, fue un tiempo en el cual Dios me enseñó lecciones que me están ayudando en el presente y las quiero compartir. Una de ellas honra el tema de hoy, porque compartir a Jesús en cumplimiento de la Gran Comisión es la mejor medicina que podemos gustar contra una enfermedad que estraga nuestras congregaciones: el desánimo.

Aquel día estaba lloviendo en la región donde residía, y el campo donde servía como misionero estaba a unos veinte kilómetros. Ese día mi estado de ánimo no era el mejor, y basándome en eso estaba buscando una justificación para no asistir a la reunión de aquel miércoles con unas cinco familias, que con ánimo presto nos esperaban en un lugar más distante donde estábamos abriendo campo.

Buscando una justificación para no asistir, oré a Dios y le dije que llamaría al lugar y si no hacía buen tiempo no iría. Llamé a la anfitriona del hogar donde eran las reuniones y su respuesta fue «hace buen tiempo y te estamos esperando». Volví a orar a Dios queriendo justificar mi desánimo por la lluvia y pasar aquella cita por alto. Después de luchar conmigo mismo, salí a la calle, bajo la lluvia. Para mi sorpresa, fuera del horario usual del transporte para dicho lu-

gar, milagrosamente, apareció uno.

Fijialmente llegué a mi destino... ¡Con qué ánimo esperaba la gente la Palabra de Dios! ¡Con qué solicitud aguardaban al predicador! ¡Con qué gozo alababan al glorioso Salvador que les era anunciado! ¡Con qué confianza exponían sus pedidos de oración! ¡Cuánta esperanza había en sus corazones! Bien dice el profeta Isaías: «¡Cuan hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz!» (Isa. 52: 7). Ciertamente el que llegó a aquel lugar para compartir a Jesús, fue muy diferente al que salió, porque salió con el gozo del deber cumplido, salió con el gozo de ser colaborador con Dios en la expansión del evangelio de paz, salió con la satisfacción de escuchar y ver personas decidirse por Cristo y su iglesia.

Por tanto, no nos detengamos bajo ninguna circunstancia, ni perdamos la oportunidad de ser usados por Dios para atraer a otros hacia él y, al mismo tiempo, ser bendecidos nosotros.

Manuel David Rivera,
licenciado en Teología, Cuba.